



### ***EL CAMIÓN REPARTIDOR DE SUERTE***

A primera vista, el camioncito rojinegro con algunas listas amarillas puede no caer simpático. Es un viejo modelo, posiblemente de los años treinta y, claro, son épocas que nuestros papás y nuestros abuelitos prefieren olvidar. En cuanto uno insinúa que la melancolía y el aburrimiento de entonces tenían que ser más bonitos que en los momentos actuales, van y enseguida le cuelgan a uno el sambenito de inconsciente. ¿Pero es que entonces no había más que guerra, diablos?.

Así pues, conviene prescindir del parecer de los parientes mayorcitos para juzgar al delicioso camión rojinegro con listas amarillas. Si se les preguntara, todo lo más que dirían es que se parece a la camioneta en que mataron a Calvo Sotelo, sobre todo por el color del volquete. ¡Nada más descaminado de la realidad!. Cualquier joven de ideas que tenga una rosa en el corazón, se dará cuenta de que en realidad el camioncito esta destinado a transportes. Falta el rótulo del transportista, que podría ser "Transportes Felices S.L".

Su conductor quizás se llame Julián. Se trata de un hombre de unos cuarenta años que tiene una mujer rubicunda y gordita, llamada Adela, y una hijita a quien dieron el nombre de Margarita porque no pudieron resistir el encanto de Greta Garbo en "La dama de las camelias", y además pensaron que era un nombre más de aristócrata que de calentona, que era la vertiente peligrosa de la distinguida señora.

Julián era un hombre que buscaba felicidad. Al principio creía que ésta se daba en el campo, lo mismo que la hierbabuena o la jara, pero cuando encontró que en el campo de su pueblo no había ni lo uno ni lo otro, pensó que tal vez se hubiera refugiado en la capital. Entonces Julián, campesino por tradición, vendió la vaca y se presentó en la Puerta de Toledo con un pollino tirando de un carro que llevaba dos colchones, una cesta de higos y la familia. Es decir, sus pertenencias.

Julián pretendía ganarse la vida en Madrid, pero a los dos meses se dio cuenta de que en aquellos tristes años de posguerra lo que más se ganaba era la muerte, que le asaltaba a uno por la vía de la justicia o por la de la injusticia, oséase, por hambre. Julián veía a su mujer y a su niña tan gurrumías, que no tenía más remedio que llorar y repetir aquello de que cualquier tiempo pasado fue mejor.

La imagen de Julián, con sus dos escorzos, uno sobre cada ventanilla lateral del camión, es enternecedora. Resulta difícil comprender que un tipo como él hiciera carrera en el mundo de los negocios. Y así se explica que una vez que consiguió

enrolarse en una red de venta de pollos y huevos a domicilio, le robaron todos los pollos y mil seiscientos huevos en el primer servicio. ¡Qué desastre fue aquello!. Julián juró que había puesto toda la diligencia exigible en un empleado de su categoría, pero no le hicieron caso, y le pusieron de patitas en la calle diciéndole que era un maula, un cantamañanas y un sinvergüenza, y que si le veían por ahí otra vez le acusarían de haber simpatizado con La Pasionaria. Julián se arrodilló ante su patrono: "¡No!, eso no. ¡No quiero ir al penal de Ocaña!". Y como lloraba lo suyo, el patrono dijo que bueno, que eso no, pero que se considerara despedido ya mismo.

Como Julián era tan buena persona pensó tirarse por el Viaducto y así eliminar una boquita hambrienta de su hambrienta familia. Pero comprendió que a su mujer le podía doler más la viudez que el hambre y, además, no estaba dispuesto a morir y a dejar en desuso un sombrero americano que le llegó a las manos un día de vendaval, paseando por El Rastro. Estaba casi nuevo y era una pena no aprovecharlo, así que decidió aplazar su muerte hasta que Dios dispusiera.

No puedo reconstruir la historia de Julián y su familia a partir de este momento histórico, porque la niebla me sube al cerebro. Me consta sin embargo que una mañana se le apareció un ángel en forma de orondo empresario y le entregó las llaves del maravilloso camioncito de hojalata que hoy forma parte de mi colección. "Toma, para que repartas algo" - le dijo. "¿Y qué podía repartir yo?"- preguntó Julián. "¡Qué se yo!. Reparte suerte",

Y desde entonces, Julián anda por ahí con su camión abarrotado hasta los topes de suerte. Por eso no se ve la carga, porque la suerte no es como el cemento o como las pacas de forraje, que se ven y se caen en la carretera cuando el camionero toma una curva demasiado fuerte. La suerte es más fina, más elegante y más poética. Va y transforma a una niña acomplejada en princesa, como a Cenicienta, y a un garrulo en afamado millonario, gracias a las quinielas.

A un viudito triste como un espárrago triguero, Julián le repartió una amante esplendorosa y ardiente. A un poeta, un amor platónico que le cayó un día de lo alto de la higuera a cuya sombra reposaba - y donde la había depositado Julián con una escalera de mano - . A un ciegucecito, un lazarillo que no se mamaba el vino de estrangis, como el perillán del Tormes. A un pueblo pobre, una nube filántropa. A una vedette un lunar cabe el pecho izquierdo que hizo subir como la espuma su cotización. Y a un tonto, una tiza, para que pintara palotes en el mar.

Encontré a Julián con su camioncito rojinegro de listas amarillas, sus dos perfiles y su sombrero de granjero americano una mañana de domingo, en El Rastro, a cambio de cinco viles pesetas. Y la suerte para mí fue él, sus sueños, su edificante historia y cómo no, su fantástico vehículo de hojalata.

Luis Figuerola-Ferretti Gil

